

¿Fue Frege un filósofo del lenguaje?

Víctor M. Hernández Márquez

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

victor.hernandez@uacj.mx

ORCID: 0000-0001-6644-9116



Para evitar malentendidos, empecemos indicando cómo puede comprenderse la cuestión. En primer lugar, hay que distinguirla de la puesta en duda sobre si fue Frege fue el padre o el abuelo de la filosofía analítica, puesto que el padre o el abuelo pudo ser alguien distinto a su progenie en varios rasgos importantes. Además, habrá que ponerse en guardia ante la tentación de identificar la filosofía del lenguaje con la filosofía analítica, puesto que habrá quienes puedan conceder que toda filosofía analítica es de alguna forma u otra, análisis del lenguaje; pero no estarían tan dispuestos a dar por descontado que toda filosofía del lenguaje es o debe ser filosofía analítica. De estas breves consideraciones podemos deducir que la cuestión sobre si fue Frege un filósofo del lenguaje no implica necesariamente que Frege haya sido un filósofo analítico; de modo que para responder a la cuestión inicial hace falta determinar en qué sentido Frege fue o pudo ser un filósofo del lenguaje por derecho propio.

Estamos, por consiguiente, ante una pregunta histórica y debemos cuidarnos de no caer en el anacronismo ingenuo. Sin embargo, la pregunta en sí puede parecer ociosa o meramente retórica, puesto que la misma tradición que va de Russell, Wittgenstein y Carnap, a Peter Strawson y a Gareth Evans no dudó en atribuirle una “teoría”, parcial o completa, sobre el lenguaje. Y, por si



fuera poco, la imponente obra de Michel Dummett, *Frege's philosophy of language* (1973) pareció fijar de una vez por todas el canon de tal atribución. Pero cuando Dummett fue cuestionado si realmente se podía endilgar a Frege una teoría del significado o una filosofía del lenguaje, se vio obligado a admitir, en *The interpretation of Frege's philosophy* (1981, 39), que si uno se atiene a lo que Frege entiende por lógica, entonces no tiene nada que ver con el lenguaje. Esta confesión puede parecer extremadamente extraña viniendo de un intérprete agudo que ha escrito casi 700 páginas sobre esa presunta filosofía del lenguaje.

Tan pronto como uno se adentra en la *concepción* de la lógica de Frege, se advierte que hay allí algo un tanto paradójico, con consecuencias irónicas que van más allá de su propio pensamiento. Esto último queda de manifiesto en la crítica de Wittgenstein a Frege y a Russell en cuanto que ambos incurren en el error de hablar sobre aquello que ellos mismos admiten ser indecible. La ironía es doble ya que, en respuesta, Russell indicó que Wittgenstein no escapaba al mismo reproche. No se equivocaba, puesto que todos ellos compartían una *concepción universalista* acerca de la naturaleza de la lógica. Y eso que compartían era la idea de que la lógica es la *mallá*, la estructura fundamental en la que se dan las relaciones del pensamiento. El principal inconveniente con el cual se topa esta idea de la lógica es que se autoimpone una restricción drástica sobre lo que se puede decir acerca de cómo es esa estructura o mallá. De acuerdo con este punto de vista, lo único humanamente posible es describirla por medio de un lenguaje especial, un simbolismo, lo más perfecto que se pueda elaborar. No obstante, una cosa es la mallá y otra cosa es el simbolismo con el cual Frege, Russell y Wittgenstein intentaron describirla. Por lo tanto, el error más común que se encuentra en mucho de lo que se ha escrito sobre estos tres pensadores es la identificación de la *Conceptografía* de Frege, el sistema de *Principia mathematica* de Russell, y la notación del *Tractatus* con la lógica que intentaban capturar.

Ahora bien, la cuestión importante consiste en saber por qué Frege, y luego Russell y Wittgenstein, se vieron empujados a sostener esa idea tan peculiar sobre la lógica. En el caso de Frege, la motivación es bastante clara, pero su nitidez por lo regular se convierte en el primer obstáculo para una cantidad de intérpretes, puesto que lo obvio se asume como algo que solo merece mencionarse de paso, si acaso. Además, los filósofos profesionales suelen asumir que pensadores como Frege y Wittgenstein, sin una formación académica en filosofía, formaban parte de tal o cual corriente filosófica o bien se vieron bajo el influjo de este o aquel colega en la facultad o de algún filósofo relativamente anterior.

Primero, debe considerarse que Frege no fue un filósofo profesional, sino un matemático. Durante sus años de formación no mostró un interés particular en la filosofía, si se toma en cuenta que su hoja de materias registra un solo curso de filosofía de la religión, a cargo de Hermann Lotze. Esto llevó a Hans Sluga (1980) a suponer una influencia de la *Logik* (1843) de Lotze, al menos en cuanto a distinguir lo lógico de lo psicológico en relación con la teoría del juicio. Además, sostiene que la deuda se extiende a otros “préstamos” en la terminología. Sluga, sin embargo, ofrece poca evidencia de peso con respecto a la motivación de las posibles influencias; es decir, no da pistas para respaldar que efectivamente sí responden a la misma motivación de Frege. En este sentido, Eva Picardi (1987) ha examinado con detenimiento la interpretación de Sluga y de Gottfried Gabriel, quien busca enmendar los huecos de Sluga, pero no encontró nada realmente relevante que hable a favor de la presunta influencia. La razón es sencilla, pues para citar a William Woodward (2015, 159), “la motivación del tratamiento de la teoría del juicio en Lotze no tenía como objeto, como en Frege, crear un lenguaje formal de lógica”.

A pesar de ello, la falta de coincidencia en la motivación no le impide discutir otras posibles influencias, como la famosa distinción *Sinn und Bedeutung*, aun cuando la dicotomía es para Frege esencial en el perfeccionamiento de su conceptografía y, en particular, en la manera de entender el signo de igualdad y con respecto a la relación lógica fundamental *caer (un objeto o varios) bajo un concepto*. Ahora bien, Frege admite que la palabra *concepto* se usa a veces en términos psicológicos, otras en términos lógicos, y otras, como una mezcla de ambos, aunque a él solo le interesa usar el término desde el punto de vista lógico. El *concepto* así concebido es algo en sí mismo simple y, por consiguiente, no es posible definirlo, salvo entenderlo por medio de indicaciones y aclaraciones. La recomendación principal para identificar un concepto es advirtiendo su naturaleza predicativa.

Este modo de entender el *concepto* y otros términos lógicos fundamentales (como *objeto*, *verdad*, etc.) es hasta cierto punto normal desde la perspectiva de la práctica axiomática dentro de una teoría matemática cualquiera. Es decir, constituyen los términos primitivos o indefinibles dentro de un sistema axiomático, con los cuales se definen las operaciones y relaciones entre los demás términos. No obstante, para Frege los términos lógicos fundamentales son indefinibles de forma absoluta y, por consiguiente, no es posible definirlos de manera convencional dentro de un sistema axiomático alternativo. Esto quiere decir que, para Frege, la lógica es lo más fundamental o básico que pueda ser captado. Es, para empezar, más básica que cualquier teoría matemática, puesto



que estas últimas se basan en deducciones y definiciones, las cuales dependen a su vez de leyes lógicas.

Existe, sin embargo, una diferencia lógica y ontológica notable entre la deducción y la definición. La deducción es una relación entre pensamientos, mientras que la definición establece el uso de los signos. Para Frege, el pensamiento es, desde el punto de vista lógico, algo que se expresa por medio de una proposición (una oración declarativa o aseveración), pero no es algo que los seres humanos produzcan, pues lo único que pueden hacer es captarlos por medio de ese tipo de expresiones del lenguaje. Esta idea un tanto extraña intenta dar respuesta al problema principal del conocimiento matemático que Frege encontró intolerable con respecto a la aritmética; es decir, la falta de claridad de los matemáticos para indicar lo que debe entenderse por un número.

Si matemáticos tan rigurosos como Weierstrass incurren en aclaraciones circulares, poco convincentes o divergentes entre sí, no se debe a la falta de dominio de su materia, sino a causa de la inadecuación de nuestro lenguaje para establecer distinciones lógicas adecuadas. Es decir, mientras el matemático se ocupa de manera exclusiva de sus símbolos, todo transcurre sin problemas; pero tan pronto como intenta dar explicaciones por medio del lenguaje verbal, la confusión, la ambigüedad y la divergencia afloran aquí y allá. Esto es así debido a que nuestro lenguaje común cumple muchas funciones comunicativas y, por lo tanto, no tiene como función exclusiva la expresión lógica de pensamientos. En la lógica de la época, Frege se encontraba a menudo con la ambigüedad subyacente a la palabra *juicio*, ya que en ella no se distinguía con claridad la mera expresión de un pensamiento, de su afirmación y de su reconocimiento como verdadera. Puesto que las relaciones lógicas se encuentran en el lenguaje apenas sugeridas, es común confundir la captación lógica de pensamientos con los procesos mentales de orden psicológico (las representaciones mentales o imágenes) y se tiende, por consiguiente, a empalmar lo objetivo y lo subjetivo, a confundir el contenido conceptual con los símbolos que se usan para expresarlo.

Frege consideraba que esta clase de confusión era una enfermedad nueva entre los matemáticos, *morbus mathematicorum recens*, cuya sintomatología podía encontrarse por igual entre quienes asumen actitudes formalistas, idealistas o empiristas. Aunque en verdad la enfermedad podía encontrarse también entre los lógicos y los filósofos. De hecho, en su reseña crítica a la *Filosofía de la aritmética* de Husserl, Frege cierra señalando que los errores detectados “son menos imputables al autor que a una ampliamente extendida enferme-



dad filosófica” (Frege 1894/1998, 159). Desde luego, la enfermedad “filosófica” se refería de manera exclusiva a la confusión entre lo lógico y lo psicológico, y si tomamos al pie de la letra las discutidas “17 afirmaciones clave sobre la lógica” (c. 1906/2016) debe quedar fuera de toda duda la importancia que Frege le atribuía a dicha confusión y, por añadidura, a su cruzada por erradicarla. Con todo, nada autoriza a tomar esas afirmaciones clave (Kernsätze) como los principios (Grundsätze) de la conceptografía, como a veces se hace; lo cual tampoco debe sugerir que no tengan relación alguna entre sí. De hecho, esas observaciones solo indican la manera como los seres humanos entran en contacto con el reino objetivo del pensamiento por medio del lenguaje.

¿En qué medida el lenguaje común es la fuente de la cual se nutre la confusión entre lo lógico y lo psicológico y otros malentendidos similares? Como ya se ha dicho anteriormente, en la medida en que el lenguaje natural es incapaz de expresar de manera inequívoca las relaciones lógicas. Por ejemplo, ya he advertido la ambigüedad que Frege encontraba en los lógicos de su época en relación con el juicio, en cuanto que a veces expresa solo un pensamiento

y otras su afirmación. Pero el origen de la ambigüedad se encuentra en el lenguaje común, pues solo tenemos acceso al pensamiento por medio de aquellas expresiones que llamamos oraciones o enunciados declarativos (en inglés y en la literatura filosófica se habla con más frecuencia de “proposiciones”, pero en español no tiene ese significado primario). La simple oración en sí expresa solo un pensamiento y requiere “fuerza asertórica o aseverativa” para afirmar su verdad. Desde luego, en el lenguaje ordinario podemos recurrir a varias formas para sostener su ver-

dad, ya sea por medio de la entonación o adjetivando su valor de verdad. Tales recursos son insuficientes, ya sea porque no se reconoce en la entonación el énfasis asociado a su afirmación, o bien porque no se está seguro si se está fingiendo. En la conceptografía, se introduce un símbolo para superar esa deficiencia del lenguaje natural, aunque hace falta agregar unas

cuantas cosas más sobre el segundo caso, es decir, cuando se adjetiva la verdad a la oración declarativa. En primer lugar, la adjetivación no añade nada a la oración declarativa con fuerza asertórica. Es decir, las afirmaciones “Claudia Sheinbaum es la pri-



Fig. 6: Detalle de *Doble Perfil*, de César Cabrera.

mera presidenta de México” y “es verdad que Claudia Sheinbaum es la primera presidenta de México” muestran una clara diferencia lingüística, pero expresan el mismo pensamiento, si la primera ha sido expresada con fuerza asertórica. De aquí extrae Frege una idea capital para su conceptografía y para la lógica en general: “las categorías gramaticales *sujeto* y *predicado* son irrelevantes para la lógica” (Frege 1897/2016, 167). La primera consecuencia de este nuevo punto de partida es que la verdad no se comporta con respecto a la oración declarativa de manera predicativa y cuando nos dejamos llevar por la forma gramatical surgen contradicciones insuperables. La más obvia, a partir del ejemplo anterior, es que la verdad es y no es un predicado, forma parte y al mismo tiempo no, de la oración declarativa. En su versión menos corrosiva, la verdad como predicado gramatical es accesoria y, por consiguiente, desechable.

En la séptima observación de las 17 afirmaciones clave, Frege hace manifiesta su convicción sobre el carácter indefinible de la verdad desde el punto de vista lógico. Y poco más adelante, en la observación onceava, señala: “toda verdad es eterna e independiente de que sea pensada y de las condiciones psicológicas del que la piensa”. De lo anterior se colige que no se puede tratar de algo lingüístico, de algo que se puede predicar de manera inequívoca y no trivial de las oraciones declarativas. Por consiguiente, si la verdad no puede ser un predicado, o un concepto, solo puede ser entonces, un objeto. A la inversa, en el lenguaje común, un concepto viene sugerido por la forma gramatical, pero también admite usos impropios cuando el predicado precedido por el artículo definido lo convierte gramaticalmente en nombre de un objeto y es así como llegamos a contradicciones similares a las que se producen con el engañoso uso predicativo de la verdad, como “el concepto *caballo* no es un concepto”, puesto que su valor gramatical corresponde al sujeto de la oración.

Ahora bien, un concepto en el sentido lógico es para Frege una función (y hoy decimos, *una función proposicional*), pues “un concepto es una función cuyo valor es siempre un valor de verdad” (Frege 1891/1998, 65). Y es así como se pasa de un pensamiento a su verdad, del concepto a su extensión. Ninguna de estas entidades son cosas propiamente lingüísticas, aunque las podamos reconocer de manera sugerida en la forma predicativa, en el caso del concepto, o por la forma nominal, como objeto, para el caso de la verdad. Quienes conocen aunque sea un poco la obra de Frege o lo que han escrito Russell y Wittgenstein o los estudiosos de su filosofía, encontrarán extraño que hasta el momento haya evitado usar la famosa distinción *Sinn und Bedeutung* y no me haya decantado sobre la manera “correcta” de traducirla a nuestro idioma, y solo haya indicado que su introducción supone un perfeccionamiento de la



conceptografía como sistema lógico. La razón es sencilla, puesto que si la exposición ha sido hasta aquí suficientemente clara, tenemos entonces los elementos básicos para pronunciarnos sobre la cuestión de su traducción y evitar los errores, a veces elementales, en los que se incurre al confundir el orden lógico y el orden lingüístico y, por consiguiente, confundir la interpretación de los símbolos en la conceptografía con el comportamiento de sus contrapartes gramaticales en el lenguaje ordinario.

La traducción de Sinn es transparente y nadie hace *causa belli* por ella, no así con Bedeutung, para la cual se han usado los términos *referencia*, *denotación*, y *nominatum* (esta última expresión solo en la literatura en inglés), todas las cuales pueden considerarse más o menos equivalentes si dejan de lado ciertos escrúpulos hacia determinadas derivaciones en la expresión. Frente a estas traducciones, se opone la versión *significado* (meaning) y *significación*. Tugendhat sostiene que las primeras traducciones dan por supuesto que Frege entendió por Bedeutung el objeto designado por la expresión, debido a que solo tomaron en cuenta los nombres propios, pero dado que Frege habla también del Bedeutung de nombre común o término conceptual, y de un término conceptual no se puede hablar con propiedad de referencia sino de extensión, en tanto que en principio la extensión de un término general puede referir a muchos objetos, o incluso a ninguno. Luego indica que la traducción como referencia “parece parcialmente justificada”, pero de allí en adelante cae en contradicción al proponer como término técnico para *significación* el término *extensión*. Y añade, “aunque según mi opinión esta respuesta señala en la dirección correcta, todavía no es satisfactoria, ya que la expresión ‘extensión’ se define diferentemente con respecto a los nombres y a las oraciones (y también a los predicados)” (Tugendhat 1998, 146). Si esta propuesta fuera plausible, entonces debería guardarse el término *significación* y traducir directamente *extensión* por Bedeutung. En cualquier caso, el error que ve en el término *referencia* se aplica de igual modo o incluso con mayor peso a su traducción por *extensión*, puesto que hablar de la extensión de un nombre propio como de una oración declarativa conduce a errores que Frege pretende superar, puesto que en un lenguaje lógico lo que se busca es siempre la univocidad en la designación.

Que Tugendhat incurre en la confusión común entre el orden lingüístico y el orden lógico lo muestra el siguiente comentario. Como ya he señalado, Frege reemplaza en la lógica la vieja distinción gramatical *sujeto* y *predicado* por la distinción *concepto* y *objeto*, o función y argumento. Mas, según Tugendhat, “tenemos que concluir que el hecho de que Frege utilice los términos ‘nombre’ y ‘objeto’ para las oraciones y su significación se basa, en último término,



en la teoría tradicional de que el ejemplo modelo de una expresión completa ('categoremática') es el nombre". El equívoco se hace más claro cuando añade: "Por otra parte, fue Frege mismo quien en sus *Grundlagen der Arithmetik* (§ 62) introdujo un nuevo principio con el famoso dictum: «solo en el contexto de una oración significan algo las palabras». Esta afirmación alude a la concepción de la significación como potencial de valor de verdad" (Tugendhat 1998, 150). Hay dos cosas que Tugendhat pierde de vista: 1) que en *Los Fundamentos de la aritmética* Frege no había hecho aún la distinción Sinn und Bedeutung y, por lo tanto, 2) no volvió a invocar ese famoso *dictum* en sus escritos posteriores. Si Tugendhat estuviera en lo correcto la distinción saldría sobrando.

Demos la palabra a Frege para liberarse de semejantes interpretaciones. En "Sobre Concepto y Objeto" señala lo siguiente:

Cuando escribí mis *Fundamentos de la aritmética* no había hecho todavía la distinción entre sentido y referencia, y por ello aún reunía bajo la expresión «contenido enjuiciable» lo que ahora designo, estableciendo una distinción, con las expresiones «pensamiento» y «valor de verdad». Por lo tanto, ya no apruebo enteramente, en sus términos textuales, la explicación que se da allí en la página 77, (§ 66) aunque en lo esencial aún soy de la misma opinión. Para resumir, puede decirse, entiendo «predicado» y «sujeto» en sentido lingüístico: un concepto es la referencia de un predicado, un objeto es lo que nunca puede ser la *referencia total* de un predicado, si bien puede ser la referencia de un sujeto [las últimas cursivas son mías] (Frege 1892/2016, 283-4).

Cito este pasaje porque los estudiosos de Frege suelen pasar por alto la distinción que allí se hace entre el orden gramatical y el orden lógico por medio de la noción misma de *Bedeutung*. Que un objeto nunca pueda ser la *referencia total* de un predicado tiene que ver con dos obvias excepciones a dicha restricción: cuando el concepto figura como función cuyo valor es un valor de verdad y cuando la extensión del concepto se restringe a un solo elemento.

La manera como apunta el lenguaje a las entidades lógicas no es nunca estable y, por consiguiente, como ya se ha indicado, hay que cuidarse de no dejarse descarrilar por los usos inapropiados. Existen numerosos comentarios entre su obra publicada, inédita y en su correspondencia sobre cómo la conceptografía puede superar los errores a los que da pie el lenguaje ordinario, pero citaré brevemente dos. En el manuscrito que lleva por título "Introducción a la lógica", Frege señala: "A menudo se permite que el lenguaje influya dema-



siado en la lógica y por eso la conceptografía es buena para deshacerse de la forma lingüística” (Frege 1906/1998, 175). En una carta a Husserl, del mismo año que el manuscrito anterior, es aún más contundente: “Me parece que los lógicos se abrazan demasiado al lenguaje y a la gramática y están demasiado enmarañados en la psicología... La principal tarea de la lógica es librarse del lenguaje y simplificarlo” (Frege 1906b/1998, 188 y 190).

En resumen, si Frege fue un filósofo del lenguaje, solo pudo serlo en sentido negativo; es decir, solo en la medida que sus indagaciones sobre el comportamiento verbal tienen un carácter accesorio y con un propósito ajeno al lenguaje mismo. De igual forma, Frege fue un filósofo a su pesar en tanto que el examen a fondo de los fundamentos de su disciplina era y es considerada en el presente una labor filosófica o pedagógica, poco valorada y mal vista entre sus propios colegas. Su proyecto de fundamentación lógica de la aritmética fracasó, pero ese fue el precio que hubo que pagar por hacer avanzar la lógica.

REFERENCIAS

- Dummett, M. (1973). *Frege: Philosophy of language*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1981). *The interpretation of Frege’s philosophy*. Cambridge: Harvard University Press.
- Picardi, Eva (1987), “The logics of Frege’s contemporaries, or «der verderbliche Einbruch der Psychologie in die Logik»”, en D. Buzzetti & M. Ferriani eds. *Speculative grammar, universal grammar and philosophical analysis of language*. Amsterdam: Benjamins, 173-204.
- Sluga, Hans (1980). *Frege*. London: Routledge.
- Tugendhat, Ernst (1997), “El significado de la expresión «Bedeutung» en Frege”, en *Ser, Verdad, Acción. Ensayos filosóficos*. Traducción de R. Santos-Ihlau, Barcelona: Gedisa, 143-164.
- Weiner, Joan (1992), “Has Frege a philosophy of language?”, en *Early analytic philosophy: Frege, Russell, Wittgenstein. Essays in Honor of Leonard Linsky*, edited by W. W. Tait, Chicago: Open Court, 249-281.
- Woodward, W. R. (2015). *Herman Lotze. An intellectual biography*. Cambridge: Cambridge University Press.





Fig. 7 "El lenguaje no está dominado por leyes lógicas, de manera que la observancia de la gramática garantice ya la corrección formal del pensamiento. Las formas en que se expresan los argumentos son tan variadas, tan laxas y tan dúctiles, que fácilmente se pueden colar presupuestos inadvertidos, que sean pasados por alto en la enumeración de las condiciones necesarias para la validez de las conclusiones", Frege 1882/2016, 157.

